II.

Fué la tarde del Domingo de *Pascua de Resurrección*; en la *pradera*, la hondonada que existe entre la estación de los ferrocarriles andaluces y el Barrio de Benalúa, y aprovechando un momento en el que nadie les hacia caso, cuando *Rafaelico* deslizó en los oidos de *Remediets* las primeras frases de un amor falso é interesado, al que ella correspondió desde aquel día con toda la nobleza de su alma, entregando por entero su virgina corazón.

Cosas, hasta cierto punto inexplicables, de la vida. *Remediets*

(c) Ministerio de Cultura 2006

apenas si conocía á *Rafaelico*; era la primera vez que le hablaba y sin embargo, aceptó el cariño que le ofrecía, abriendo su pecho á aquel hombre á quien solo recordaba haber visto, eso sí, muy mudado y con el puro en la boca, dos ó tres veces y en las mañanas de los días festivos, pasar por delante de su casa. ¿Le amaba ya, sin darse cuenta de ello? ¿Conquistó su corazón por la dulzura con que supo expresarse?... ¿Fué la ocasión?... ¿Fué...? Ni ella misma sabe por qué fué. Porque así tenía que suceder, sinó con él con otro; con el primero que llegase, y él fué el primero.

Remediets á los veinte años, no había disfrutado de más cariños, que el de su padre, que siempre la idolatró; y el de su amiga *Frasquiteta*, que más que amiga era su hermana. El de madre no lo tuvo; la suya falleció á los pocos meses de darla á luz. Y en su corazón, por el que circulaba la sangre ardiente de las hijas del mediodía, notaba ella con mezcla de alegría y de pesar, la necesidad del amor que sublima á las criaturas; notaba la nostalgia de ser amada de manera distinta, á como lo había sido hasta entonces. Por eso, cuando aquella tarde, en la que todo el pueblo alicantino, acude á la playa del Babel y muy especialmente á la hondonada que existe entre la estación de los ferrocarriles andaluces y el Bario de Benalúa, ansioso de celebrar la festividad del día, comiendose la clásica *mona*, *Rafaelico* la dijo que la quería, ella lo creyó de buena fé y correspondió á aquel cariño, sin reservas, sin fingimientos, sin coqueterías, que no existían ni podían existir jamás en su modo de ser, toda corazón, toda nobleza.

Además, la muchedumbre que la rodeaba, cantando y bailando desenfrenadamente, la aturdía. Aquí, en un corro, formado en casi su totalidad por criadas y por señoritos de mostrador, se gritaba desafinadamente á tiempo que giraban cogidos de las manos:

Dicen que Santa Teresa
cura á los enamorados;

(c) Ministerio de Cultura 2006

Santa Teresita es buena
pero á mí no me ha curado.

Mientras que en otro no muy lejano del anterior, cantaban:

Enfrente del colegio
me voy á *vevir*....
¡Ay!... ¡ay!...
me voy á *vevir*.
Por ver las colegialas
entrar y salir
¡Ay!... ¡ay!...
entrar y salir...

y al lado de unos *caballitos del tío Vivo* que rodaban atestados de chiquillos, tan vivos como su *tío*, á los inarmónicos sonidos de un organillo de manubrio, personas de todos sexos y edades, formadas en círculo, reían con estrépito, imitando las grotestas piruetas que hacía un *gracioso* colocado en el centro; repitiendo con él:

Estaba San Juan de Dios,
en su *presencia devina*
y se quedó... se quedó...
aixina...

y cuando daban con sus huesos *sobre la verde alfombra* y el *genial director* ordenaba: *Roe la mola*, se levantaban y cogiéndose en corro, obedecían entonando con acentos cristalinos de risa mal contenida:

(c) Ministerio de Cultura 2006

Que roe la mola
que torne á roar...
les chiques del horta
se volen casar...

hasta que el *gracioso* del centro, volvía á gritar: *Páre la mola*, para empezar de nuevo repitiendo el

Estaba San Juan de Dios, etc.

En otros grupos, formados por mozos y mozas de los pueblos, al rasguear de una guitarra y un *guitarronet*, y supliendo las postizas con los dedos, se bailaba el *ball de tres* ó la *joteta*; y coplas como la de

Pepeta del molí nou,
salta bots y carreretes;
y al roío de la mola
repica les castañetes.

y como la que dice

En ca que ta mare diga
qu‘ ella se te que oposar;
un cobertor de balona
als dos mos te de tapar...

hendían los aires, fundiéndose en aquella atmósfera de sonidos, con las voces de los que pregonaban su mercancía: *¡Chúfes y fáves!*... *¡Cacahuéts y tramusos!*....—¡Otra y otra limonada.... á *perro gordo!*

(c) Ministerio de Cultura 2006

En medio de aquella algarabía, *Remediets* saltaba impulsada por *Rafaelico* que la tenía cogida de la mano y la arrastraba tras él, á la par que vociferaban con los de su corro:

Vuelva, vuelva caballero,
no sea tan *discortés*:
de las hijas del Rey moro
la mejor es para usté...

cuando un hambrón, de los que nunca faltan, saliéndose de la fila dijo:

—*¡Cavallers! ¿qué huí no feu conte de berenar?...*

Y en tanto que se extendían los manteles y vaciaban las cestas, *Rafaelico* la propuso, para *hacer boca*, que aceptase sus relaciones y *Remediets* las aceptó, borracha de alegría y de felicidad como se hallaba.

¡Ay! pero desde aquella tarde cuánto habían llorado sus ojos. *Rafaelico* no la amaba como ella ambicionaba que la amasen; *Rafaelico* la creyó una estátua de carne fácil de poseer, y al persuadirse de su engaño, pues *Remediets* supo resistir con valentía los ataques del seductor, no se descuidó ni poco ni mucho, de ocultar su aburrimiento, pagando con groseros desdenes las frases de amor de ella; hasta que convencido de que por este procedimiento nada lograba, cambió de táctica é hizo todo lo contrario; esto es, se mostró más acaramelado que ella misma y hasta llegó á creerse que la amaba de veras. Y algo había de verdad en sus creencias.

Mas héte aquí, que como los amores de *Remediets* con *Rafaelico*, eran un secreto para todo el mundo, pues cuando se hablaban lo hacían á las altas horas de la noche, *Frasquiteta*, la amiga de la infancia de *Remediets*, se enamoró de *Rafaelico*, y una tarde paseando por el *Postiguet*, de confidencia en confidencia, dijo así á la que quería como á una hermana, sin alcanzar el daño que la hacía.

(c) Ministerio de Cultura 2006

—*Remediets, estic enamorá.*

—¿Tú?... ¡Y de *quí?*...

—De *Rafaelico.*

Y *Remediets*, pensando que se desquiciaba el universo sobre ella, preguntó anhelosa y vacilante:

—Y... *¿éll ú sap?*...

No: *Rafaelico* ignoraba aquel amor que inspirara á la amiga de su novia; pero *Frasquiteta* estaba dispuesta á hacérselo comprender. *Remediets* aturdida calló sus ocultos amores con *Rafaelico* y éste, no solo no tardó en conocer el afecto que le profesaba a única moza que podía competir en belleza con su novia, aunque llevando á ésta la ventaja del dinero, sino que codicioso y halagado por la dote de *Frasquiteta* estrechó más, mucho más, el cerco que envolvía á *Remediets*, como si buscara con ello ocasión de termidar tan *improductivos* amores.

Y la ocasión no tardó; un hombre que no era su padre, entraba en casa de su novia, ocultándose; él lo había visto una noche en la que con otros mozos, amigos suyos, iba de ronda, entreteniéndose en quitar con el pié, las piedras que los pescadores colocaban en el umbral de su puerta para indicar el vigilante la hora en que debían de ser despertados; él lo ha había visto, y exigía que *Remediets* le dijese quién era y á qué entraba. Ella se negó protestando de su honradéz; no, aquel hombre, no entraba por ella, pero entraba.

Rafaelico se despidió para siempre, diciendo al separarse de la reja:

(c) Ministerio de Cultura 2006

—¿*Vindrás á la mehua bóa, cuant me case en Frasquiteta*?....

Y *Remediets*, que en un principio pensó en morirse llevándose el secreto de sus penas á la tumba, por no turbar la dicha de su amiga, acabó por confesárselo todo á su padre, tras muchas lágrimas y tras muchas súplicas del *tio Quito*.

(c) Ministerio de Cultura 2006